

Cangas City

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Lo mejor que puede hacer uno, si está en Oviedo, le quedan unos días sueltos, gusta de ambientes movidos y es amigo de Emilio Gurdiel, *el Morocho*, es meterse en un autocar de la empresa Alsa y dirigirse a Cangas del Narcea. Lo digo por mí: me gusta Cangas, con su aire como del *far west*, con su gente dura y amable a un tiempo, y me gusta *el Morocho*, medio *sheriff* y medio capitán de los *cangaçeiros*. Al llegar, siempre sabes dónde encontrarle: en el Madrid o en el Caniecho. Y si no, cualquier paisano te dirá dónde le acaba de ver. Con el *Morocho* llega su gente: familia, amigos, casi todo el pueblo. *Mari-Pa-cho*, los hijos, *Mari-Café*, *Jorge el saharai* y su compañera, la gallega *Mari-José*, *el Boto*, el viejo *don Gervasio*, cazador y poeta... Y todos a cenar guiso de jabalí. Pero después, alta la noche ya, *el Morocho* te muestra la otra cara de Cangas: drogadictos pinchándose en los lavabos; muchos bares de camareras o señoritas de alterne, que no son muy hermosas, pero que ordeñan a los *picadores* de las minas, que se dejan allí sueldos altísimos y que se compran automóviles de lujo, que luego encuentras estrellados contra un árbol o volcados al pie de un talud. Fiebre del carbón, olor a dinamita, pan caliente a las tres de la mañana, y despertar en casa de *Julio César* y *María*, en *La Regla*. Sí, *hay ambiente, vaya*.

2
Cambio 16 29-3-89